

Sofía Correa: *Con las Rieandas del Poder. La Derecha Chilena en el Siglo XX*
(Ed. Sudamericana, 2005, 313 páginas).

**SOFÍA CORREA: CON LAS RIENDAS DEL PODER.
LA DERECHA CHILENA EN EL SIGLO XX**

David Gallagher

Sofía Correa comienza su tesis sobre la derecha chilena con un párrafo tajantemente definitorio.

“La elite chilena del siglo XIX, obligada por las circunstancias históricas, se transforma en el segundo tercio del siglo XX, en derecha, ya que por primera vez tiene que competir en la arena política con fuerzas sociales antagónicas, convertidas en izquierda, las que desde esta posición desafían su control, hasta entonces indisputado, de la riqueza, del poder y de la consideración social”¹.

O sea la derecha nace, según Correa, como reacción a las demandas sociales, a la organización sindical, y al surgimiento de los partidos de izquierda: el Comunista y el Socialista primero, y más tarde el Radical, cuando en la década del 30 rompió con Alessandri y se unió a la izquierda².

DAVID GALLAGHER nació en Valparaíso en 1944. Educado en Oxford, fue luego profesor de literatura latinoamericana del St. Antony's College de esa misma Universidad. Ha publicado *Modern Latin American Literature* (Oxford University Press, 1973), *Improvisaciones* (Centro de Estudios Públicos, 1992), *Otras Improvisaciones* (El Mercurio-Aguilar, 2004) y numerosos ensayos. Fue Director del Morgan Grenfell International & Co. Ltd. Actualmente es presidente de ASSET-CHILE, y combina sus actividades como ensayista y crítico con las de banca de inversiones. Colabora con el TLS (*The Times Literary Supplement*), y es columnista de *El Mercurio*. Es Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.

¹ P. 9.

² Pp. 67-69.

La elite que se organiza como “derecha” en reacción a esta izquierda está compuesta por terratenientes y empresarios; en general por una clase dirigente de familias entrelazadas por parentesco e intereses, que había ejercido el poder en el siglo XIX “sin que le fuera seriamente disputado por ningún otro autor social, al punto que hasta 1920 la competencia política se limitaba a los grupos oligárquicos. No era necesario entonces convencer ni satisfacer a las masas, las demostraciones públicas eran mínimas, las decisiones políticas se tomaban en los salones y los resultados electorales, que sólo dirimían disputas intraelite, dependían por sobre todo de la disponibilidad de recursos monetarios para la compra de votos, de las redes clientelísticas y de la capacidad para controlar el voto campesino”³.

Ante los desafíos de la cuestión social y la incursión de las masas hacia 1920, la derecha se va organizando en diversas vertientes que confluyen hacia unos mismos fines. Las principales vertientes son los partidos Liberal y Conservador, que defienden los mismos intereses económicos, estando sus diferencias en cuestiones clericales⁴; los gremios, que representan a las empresas y a los agricultores; y el Mercurio, que se yergue como una voz de derecha independiente de los partidos y de los gremios. Del “Mercurio” dice Correa que, desde su fundación, impuso cambios radicales al periodismo, hasta entonces más bien ideológico, que se practicaba en Chile. “Emulando al *Times* de Londres y al *New York Herald*, *El Mercurio* impuso un periodismo informativo, escrito por funcionarios profesionales, con aspiraciones de objetividad e imparcialidad, que desplazó al periodismo doctrinario del siglo XIX. A los comentarios y opiniones se les dio un espacio en la página editorial, pretendiendo así consagrar la objetividad de la noticia. A su vez, a la página editorial se le imprimió un tono desapasionado, distante e impersonal, un tono olímpico, en palabras del embajador británico en Chile en informe a Londres en mayo de 1943...”⁵ Correa recalca que la influencia y la fuerza del Mercurio está en que no defiende intereses particulares y no toma partido en las contiendas políticas, sobre todo las que se libran entre los conservadores y los liberales. “De hecho, aunque *El Mercurio* fuera parte de los intereses empresariales de la familia Edwards, su misión no consistió en ser fuente de ganancia, sino formador de opinión pública. *El Mercurio* nunca estuvo supeditado a los partidos de la derecha, lo que le permitió presentarse como medio independiente, objetivo, serio y moderno. Al mismo tiempo pudo representar los intereses de la clase dirigente en su conjunto y constituirse en eficaz defensor de la economía capi-

³ P. 65.

⁴ Pp. 42-43.

⁵ P. 53.

talista. Para ello, su distanciamiento con las fracciones de la derecha fue indispensable, y esto fue posible en la medida en que el diario contó con directores cuya mirada iba más allá de los intereses inmediatos en pugna. Así, *El Mercurio* pudo mostrarse como representante de la opinión pública; como un medio independiente de las discrepancias sectoriales y de las divisiones partidistas; habló como si fuera el portavoz de la razón y del sentido común; defendió como necesarios y universales los valores específicos de la clase dirigente y del orden social capitalista; identificó sus intereses y perspectivas con los de la nación, con los de la civilización cristiana occidental, con el bien común⁶.

Tal vez haya un dejo de ironía en esta descripción, por lo menos en sus últimas expresiones. Pero no hay duda que en el libro queda claro que esta impronta mercurial es importante para entender lo que Sofía Correa ve como una doble aspiración de la derecha. Por un lado, la derecha está empeñada en defender sus intereses: quiere contener las demandas por la sindicalización campesina, por ejemplo, y cuando aumenta el papel del estado en la asignación de recursos, con el surgimiento del modelo CORFO, la derecha quiere asegurarse que sus empresas se beneficien. Pero al mismo tiempo la derecha está preocupada de que Chile se modernice y sea gobernado racionalmente. En casi todo momento, la derecha parece tener un proyecto país más allá de sus intereses inmediatos.

Como primer ejemplo de una derecha empeñada en un proyecto de modernización racional del país, por encima de sus propios intereses de corto plazo, Correa analiza en profundidad el intento de estabilización hecho por la Misión Klein-Saks a partir de 1955. La misión fue contratada durante el gobierno de Ibáñez en alguna parte debido a la influencia del Mercurio. La tarea de la misión era de estabilizar y liberalizar una economía devastada por unos 17 años de estatismo y de populismo. Con el General Ibáñez, que asume en 1952, Chile es llevado a ser un caso casi único —después será largamente estudiado como tal en las universidades del mundo— de altísima inflación (en 1954 ésta llega al 64% y en 1955 al 84% anual). La economía se ha vuelto un laberinto de controles, prohibiciones, subvenciones. La Misión Klein-Saks se aboca en este contexto a combatir la inflación y a sincerar y liberalizar la economía. Inevitablemente en los intentos antiinflacionarios hay efectos recesivos y, como consecuencia, descontento social, que en abril de 1957, desemboca “en saqueos en todo el centro de la capital”⁷. El gobierno pierde paciencia y las medidas de la misión, que nunca

⁶ Pp. 53-54.

⁷ P. 172-173.

fueron implementadas íntegramente, van perdiendo coherencia. Pero para Correa los esfuerzos de la derecha para traer la misión a Chile fueron un indicio de su preocupación, ya hacia 1955, por implementar un retorno a la seriedad económica en el país, entendiendo ésta como una economía fundamentada más o menos en los principios del liberalismo clásico. Correa cree, con razón, que estos esfuerzos de alguna manera prefiguran las ideas de “El Ladrillo”, el plan económico ideado por los economistas de Chicago y presentado a la Junta Militar en septiembre de 1973. Un segundo intento de implementar políticas económicas liberales se hace al comienzo del gobierno de Jorge Alessandri (1958-64): son ideas que estarán configuradas con más profundidad en el programa de gobierno de Alessandri para las elecciones de 1970. Correa demuestra que además, en el programa de gobierno de Eduardo Frei para las elecciones de 1958, también hay bastante énfasis en la liberalización económica⁸. Correa recalca que en esta época el concepto de libertad económica es además asociado ideológicamente con la defensa de la libertad individual en general, amenazada en plena Guerra Fría por el colectivismo comunista: la libertad económica es entonces también un objetivo de Estados Unidos. Correa cita al Mercurio editorializando contra la “economía dirigida” desde 1947⁹. Son bastante impresionantes los editoriales del Mercurio desde entonces, en que se denuncian los intentos “artificiales” de mejorar el estándar de vida de la población, y se exige el retorno a la “libre expresión” de las fuerzas económicas¹⁰. El editorialista del Mercurio a través de los años parece haber leído a Von Mises y a Hayek más que a Keynes, a pesar de que Keynes estaba más de moda en el mundo en ese momento.

En sus demostraciones de que la derecha, aparte de defender sus intereses, estuvo a la vez abocada a forjar un proyecto modernizador, Correa curiosamente apenas comenta el segundo gobierno de Arturo Alessandri, con Gustavo Ross de Ministro de Hacienda (1932-38). En realidad en su análisis más profundo y detallado de la derecha, el libro parte con la reacción de la derecha al Frente Popular a partir de 1938, cuando Gustavo Ross es derrotado como candidato presidencial. Algún día ojalá veamos un análisis complementario de Correa sobre el Ministerio de Ross, en que vemos a la derecha en el poder, implementando un proyecto relativamente exitoso de modernización y de recuperación tras la catastrófica recesión de 1930-32¹¹. En todo caso no hay duda que Correa nos convence de que es

⁸ P. 216.

⁹ P. 186.

¹⁰ P. 192.

¹¹ Para un iluminador análisis de este período, ver Fermandois, Joaquín: *Abismo y Cimiento. Gustavo Ross y las Relaciones entre Chile y Estados Unidos. 1932-1938* (Santiago, 1997).

un mito pensar que el liberalismo económico haya sido prácticamente inventado en Chile por los redactores de “El Ladrillo”. Por otro lado Correa demuestra en forma fehaciente que hablando de la derecha, “es un error afirmar que sus partidos y el empresariado sólo eran capaces de defender intereses corporativos, inmediatos y de corto plazo”¹². Según ella, la derecha fue escéptica de la misión Klein-Saks no, como creen algunos, porque redujo subsidios y prohibiciones de importación, atacando intereses creados de empresarios, sino al contrario por su insuficiencia: “lo que la derecha lamentó en la etapa de la misión Klein-Saks fue precisamente la ausencia de un plan integral de cambios económicos que contemplara una sustancial reducción del aparato estatal y un apoyo decidido a la inversión de capitales; es decir, la derecha lamentó que los técnicos norteamericanos no propusieran un proyecto global de modernización del capitalismo”¹³. Este error ha de ser corregido en “El Ladrillo”, donde se le advierte al lector que las medidas propuestas están interrelacionadas, y que debieran ser vistas e implementadas en su conjunto.

Si la derecha tiene el doble propósito de defender sus intereses e implementar un proyecto país, ¿cuáles son los métodos que usa para lograrlos? Correa demuestra que tradicionalmente y hasta por lo menos 1960, la derecha es férreamente constitucionalista. Descarta de sus opciones los golpes de fuerza militar¹⁴. Según ella esto se “explica” por el hecho de que la derecha tiene mucha fuerza justamente en el Congreso, gracias al cohecho y a la sobrerrepresentación de los distritos rurales en que la derecha controla el voto. Es así que la derecha logra tener mucha influencia en el gobierno del Frente Popular (1938-44), llegando Arturo Matte, dirigente del Partido Liberal y de la Sofía, a ser Ministro de Hacienda del presidente Ríos entre 1943-44. Más adelante Jorge Alessandri, presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio, será Ministro de Hacienda (1947-50) de Gabriel González Videla. Gracias a su fuerza en el Congreso, en cuyas comisiones domina por su capacidad técnica, la derecha en la práctica co-gobierna con los presidentes radicales, contribuyendo con ellos a la ejecución de un modelo económico intervencionista, estatista y proteccionista, en el cual la derecha se asegura beneficios para sus empresarios. En esta etapa, la derecha practica una estrategia de cooptación o infiltración de sus aparentes adversarios.

Caben algunas preguntas aquí, que no están enteramente contestadas en el libro. ¿La derecha vacila históricamente entre perseguir intereses

¹² P. 207.

¹³ P. 208.

¹⁴ P. 101.

cortoplacistas y trabajar por el bien del país? ¿O es su co-gestión de un modelo intervencionista entre 1938 y 1950 el acto de quienes se resignan a un mal y procuran que sea menor, encauzándolo como puedan? ¿O es el intervencionismo en este período una opción en la que creen de verdad, por el bien del país? Después de la gran Depresión de 1929-32, un paradigma intervencionista recorre el mundo entero, y es entendible que una derecha interesada en el bien público lo comparta en alguna medida. ¿Pero intervencionismo a qué grado? ¿Qué habría pasado si hubiera ganado Gustavo Ross en 1938? Él, entre 1932 y 1938, sacó al país de las miserias de la depresión. El PGB en 1932 era el 64% de lo que había sido en 1929, y en 1938 Ross lo dejó más que recuperado¹⁵. El “mago de las finanzas” fue heterodoxo en sus políticas, pero claramente más liberal que sus sucesores en la época del Frente Popular.

Según Correa, la derecha empieza a desilusionarse con el modelo intervencionista cuando empieza a verse su ineficiencia, cuando los controles y las distorsiones desembocan en inflación descontrolada. Tal vez lo más notable es que el Mercurio perciba estos problemas ya en 1947, cuando Jorge Alessandri está recién asumiendo como Ministro de Hacienda. Es notable que el Mercurio ya entonces abogue por un vuelco a una economía libre. Desde 1950 hasta la llegada de la Misión Klein-Saks, la derecha estuvo además desligada del poder político. En 1950 Jorge Alessandri fue reemplazado como Ministro de Hacienda por Carlos Vial, un empresario socialcristiano extremadamente populista, que con un lenguaje encendido decretaba generosos reajustes salariales¹⁶. Este cambio en las relaciones de poder provoca una segunda explicación más cínica para la conversión de la derecha a un camino liberal. Tal vez no sea sólo desilusión con la ineficiencia del intervencionismo. En las palabras de Correa “desde 1950 tanto los partidos de la derecha como las elites empresariales perdieron el control que tenían sobre las políticas económicas y sociales, y el intervencionismo estatal se volvió muy peligroso en manos de políticos populistas que constantemente estaban amenazando los intereses del empresariado. Ante esta adversidad, la derecha formuló un proyecto de modernización del capitalismo, el cual se sustentaba en una política económica liberal que reforzara a la empresa privada y a los mercados competitivos. La intervención estatal ya no tenía cabida, así es que idearon y difundieron profusamente un nuevo discurso que junto con demonizarla negaba toda la participación que hubiesen tenido en su diseño y su ejecución”.

¹⁵ Fernandois, Joaquín: *Op. cit.*, p. 34.

¹⁶ Pp. 135-136.

Es interesante constatar con Correa que la derecha en Chile no es tentada por el corporativismo o por el nazismo. Correa plausiblemente no considera al Partido Agrario Laborista de derecha sino en el breve lapso en que estuvo presidido por Jaime Larraín García-Moreno¹⁷, y considera, con razón, que no es correcto situar al Movimiento Nacional Socialista en la derecha¹⁸. Para ella los partidos de derecha son el Conservador y el Liberal, el primero dogmático y férreamente disciplinado, y el segundo más anárquico y heterogéneo, sufriendo “de constantes conflictos internos a raíz de fuertes rivalidades personales o familiares”¹⁹. Si bien los dos partidos representan esencialmente los mismos intereses, el liberal tiene más libertad para participar en gobiernos laicos o de participación comunista: el partido Conservador los rehuye por razones valóricas o por prohibiciones por parte de la Iglesia²⁰. En cuanto a la escisión de liberales y conservadores en 1946 por la candidatura de Eduardo Cruz-Coke, Correa da cabida a dos interpretaciones: la “personalista”, que explica la candidatura rival de Fernando Alessandri como debida a una “manipulación detrás del escenario” por parte de Arturo Alessandri (la cita es de un informe del Embajador de Estados Unidos, recogido por Correa: él como observador claramente cree en esta interpretación), y la ideológica, ya que Cruz-Coke se vuelca a un populismo ajeno a la derecha tradicional²¹.

Al final del libro, Correa sugiere que la derecha en Chile ha seguido “con las riendas del poder” desde 1990, porque la Concertación en el fondo ha administrado el modelo económico racional, y amigable para los intereses empresariales, que se remonta a los años cincuenta y que finalmente fue implementado en su integridad por los economistas de Chicago en la época de Pinochet. Pero ¿esto es un triunfo de la “derecha”? Ciertamente no de sus partidos. Si uno piensa en el contexto internacional, lo que ha pasado en Chile es parecido a lo que ha pasado en muchos otros países, por ejemplo Estados Unidos, Gran Bretaña, España, Australia o Nueva Zelanda. En Chile, como en esos países, la “izquierda” se ha apropiado de la racionalidad económica, abocándose a administrar un modelo económico más o menos liberal. Incluso en algunos países como Australia, Nueva Zelanda o España, fue la izquierda la que primero liberalizó de verdad, tras suceder a gobiernos de derecha con una orientación más bien corporativista o populista.

¹⁷ P. 50.

¹⁸ P. 51.

¹⁹ P. 45.

²⁰ P. 44.

²¹ P. 117-119.

¿Qué hace la derecha frente a esta “izquierda” racional y liberal? ¿Qué hace frente a ella una derecha acostumbrada a que su hora llegue cuando la demagogia populista de la izquierda desemboca en una inevitable crisis? En Gran Bretaña el laborismo de Tony Blair, con cambios que son apenas más que de retórica, se postuló desde sus comienzos como heredero del liberalismo de Margaret Thatcher. ¿Qué hizo la derecha? Se quedó pasmada. Los conservadores no saben cómo reaccionar al gobierno liberal y privatizador de Blair, y en su estupor han perdido ya tres elecciones generales. En algunos países los partidos de derecha han parecido querer cambiar de roles con los de la izquierda, convirtiéndose ellos en populistas. Hay interpretaciones del fenómeno Bush que van en ese sentido, por la forma que ha soltado las trenzas fiscales, tras ocho años de seriedad macroeconómica clintoniana: Bush ha bajado impuestos, que podría ser visto como una medida de derecha, pero simultáneamente ha subido el gasto fiscal, muchas veces aumentando programas populistas, y no solo, como algunos creen, por tener que incrementar el gasto militar con la guerra de Irak. En Francia la derecha bajo Chirac es netamente intervencionista. En otros países, como España, Nueva Zelanda o Australia, la derecha ha ganado elecciones contra una izquierda “liberal”, posicionándose como más liberal aún, viendo que su centenario capital político no está en prometer más “igualdad” que la izquierda, sino en prometer más racionalidad, más eficiencia y más libertad, aun cuando la izquierda también ahora promueva esos valores. En estos países se ha producido un círculo virtuoso porque se ha movido el eje político al punto que las contiendas electorales en lo económico se libran en torno a la eficiencia. Claro que surgen a la vez temas valóricos que son tal vez los que más dividen a los electorados y más diferencian a la derecha de la izquierda en algunos países: Estados Unidos y España son ejemplos candentes, en cuanto a temas como el matrimonio homosexual o la eutanasia. Pero para Correa estos temas no son propios de la división derecha-izquierda tal como ella define a esos polos. Si lo fueran, la dicotomía derecha-izquierda no habría nacido hacia 1920: habría estado presente en el siglo diecinueve en la lucha entre conservadores y liberales.

Cabe decir que Correa ha escrito un libro extremadamente interesante y muy oportuno en un año de elecciones en que los partidos de derecha parecen no saber dónde ubicarse frente a una coalición de centro-izquierda que sigue los consejos de esos editoriales que escribía Mercurio a partir de 1947, y que además abarca a casi todo el universo cultural de los chilenos, desde el catolicismo al laicismo.

Correa ha escrito un libro estimulante, que no rehúye la hipótesis y la interpretación. Por eso mismo, si bien sus interpretaciones están bien

fundamentadas, el libro apunta a ver más el bosque que los árboles: sería tedioso entonces quejarse que a veces no distingue entre cada árbol porque ese no es su objetivo. Si tuviera que señalar una pequeña falla sería la ocasional insuficiencia de buenas explicaciones económicas en el libro: por ejemplo vamos del inicial éxito al posterior fracaso del gobierno de Jorge Alessandri en dos páginas sin remotamente entender por qué se produce. ¿Es “debido en parte a las enormes pérdidas provocadas por el terremoto de mayo de 1960”²² ¿O es que el problema de la economía era “más estructural”? ¿Por qué ocurre a fines de 1961 que el “déficit de la balanza comercial, ocasionado por el boom de las importaciones, no tuvo equivalente (sic) en el volumen de las exportaciones”²³? Es importante saberlo porque estamos hablando, según el subtítulo de Correa en esta sección, de nada menos que “el colapso del proyecto de modernización capitalista”²⁴. Pero en lo no económico, Correa describe el período de Alessandri, con lúcido dramatismo, como uno en que la derecha se queda desamparada y desmoralizada, al perder la comprensión de los Estados Unidos y de la Iglesia. Estados Unidos le impone a Alessandri la Reforma Agraria y después, a través de la CIA, le aporta una enorme cantidad de recursos financieros a la DC. (Correa aquí se apoya en el Informe Church)²⁵. Por otro lado la Iglesia abandona al Partido Conservador y se vuelca a la DC. Correa concluye lapidariamente que “el Partido Conservador no tenía ya sentido en la política chilena, no le quedaba vida posible. La derecha católica perdía el espacio partidista donde había militado generación tras generación, desde mediados del siglo XIX. En su caída, arrastraría al Partido Liberal”²⁶.

El libro de Correa concluye con unas reflexiones sobre la “derecha pinochetista” y la derecha actual, donde quizás no ahonda lo suficiente en el dilema que representa para sus partidos hoy día el hecho de que la llamada derecha económica tenga tan escasas quejas de la Concertación. En todo caso Correa ha contribuido notablemente a la demasiado parca historiografía de la derecha en Chile, en un libro que, dicho sea de paso, deja a la derecha bastante bien parada en cuanto a su contribución al país. □

²² P. 226.

²³ P. 230.

²⁴ P. 228.

²⁵ Pp. 262-263.

²⁶ P. 264.